

Etc... Etc....

—La señora está ocupada con Don Melchor el modisto.
—Pues diga usted que aquí está la que viste al señorito.

647

= 6 OCT. 1979

LA SAETA

20 cénts

MISCELÁNEA

KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:

Heraldo, Heraldo Taurino, El Tio Jindama, La Caza Ilustrada, y *Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón* y *Madriles.*

En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.

Un harapiento se encuentra en la calle un cartón con media docena de botones.

Y al ver el hallazgo, exclama compungido:

—¡Ah! ¡Si ahora tuviese yo la dicha de encontrarme unos pantalones!...

Una señorita muy coqueta se lamentaba de la infidelidad de los hombres.

—¡Todo ha concluído para mí!—decía en un arranque de desesperación.—¡Tengo el corazón destrozado!

Y ni siquiera tienes el recurso,—le contestó una amiga,—de reunir los pedazos.

—¿Por qué?

—Porque están demasiado repartidos.

En casa un banquero:

Un padre presenta á su hijo como dependiente.

El banquero pregunta:

—¿Tiene disposiciones para la banca?

—Admirables,—contesta el padre.—A los cinco años ya robaba los cuartos del cajón.

Un hombre de pequeña estatura entró en una biblioteca, y después de recibir el libro que había pedido, dijo al empleado:

—¿Me hace usted ahora el favor de dos ó tres diccionarios?

—¿De qué lengua?

—De cualquiera, con tal que me sirvan para sentarme sobre ellos.

En la horchatería:

—¿Qué va usted á tomar?

—Cebada.

—¿Con barquillos?

—No, con una pajita para sorberla.

—¡Cebada y paja! Vamos, doble pienso.

Charadas

I

La corista doña *Todo*
en el templo de *dos-tres*,
junto con su *mamaita*
y el que novio quiere ser,
comian *prima-segunda*,
cuando á visitarla entré;
y después, en el forillo,
escribí lo que aquí ves.

II

«Se pone la *dos-primera*,
masca un poco de *total*,
empuña el *prima-tercera*,
y á jugar, y jugar mal.»
Así dijo don Joaquín
del esposo de Librada,
y yo aquí le pongo fin
á la presente charada.

MORENO

Adivinanza

La primera está en la cuarta;
la segunda, en la tercera,
y en el mío está el final
de mi nombre; ¿no lo aciertas?

A. VALLÉS

Jeroglífico comprimido

OAN 1, 1000. 1
TO

F. TEVA

Copa numérica

1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 I S	Pueblo de Aragón
4 S 8 0 6 4 5 4 5 8	Tiempo de verbo
6 4 9 8 5 2 4 S	Establecimiento (plural)
S 4 6 4 5 2 4 S	Tiempo de verbo
0 5 8 0 I 5 2 I	Nombre de varón
6 4 7 5 2 4	Calle de Barcelona
S 8 9 4	Río de Europa
5 8	Nota
9 I	Negación
L 2 9 I	Bebida
6 4 9 8 5 S	Oficio
4 S 8 0 6 4 5 4	Tiempo de verbo

J. A. T.

Soluciones á lo insertado en el núm. 696

CHARADA.—Casados.

TARJETA.—Cuadros disolventes.

TERCETO NUMÉRICO: $\left.\begin{matrix}492\\357\\816\end{matrix}\right\} = 15$

AÑO XV BARCELONA 31 DE MARZO DE 1904 NÚM. 697

CHARLA



TENGO un amigo soñador, con la mar de gracia, á pesar de estar más loco que una espuerta de gatos.

Ayer hablé con él, y me dijo, señalando á un balcón:

—¿Qué te parece aquella azucena y aquel clavel rojo?

—No veo más que dos jóvenes, muy bonitas por cierto.

—Pues yo en una veo la azucena y en la otra el clavel.

—Pues que Dios te conserve la vista.

—Pero, hombre, ¿no sabes que hemos entrado en la primavera?

—Ya lo sé.

—En esta época todo florece, y los que somos soñadores por temperamento, todo lo vemos florido y hermoso. Si en paseo ó en la calle veo dos chicos tras una parejita de jóvenes amables y bellas, en seguida se me presentan ellos transformados en lilas y ellas en rosas de Alejandría.

—¿Y tú á qué especie de flor perteneces?—le pregunté sonriendo.

—Yo soy otra especie de lila... pero lila, al fin. Mi novia es un capullito de rosa, su madre un cardo pinchoso y el padre un alcornoque. ¿Qué te parece la clasificación?

—Digna de Linneo.

—¡Pero, ay! Temo que de seguir así las cosas como van, pierda en un momento mi fragancia y lozanía.

—¿Eres desgraciado en amores?

—Te diré. Mi capullito de rosa no tiene más aroma que para mí; las brillantes gotas de rocío que resbalan á su alrededor, brotan por mí y sólo por mí.

—Entonces, ¿de qué te quejas?

—Verás. Ya te he dicho antes, que el padre es un tronco en cuyas ramas viven mi amor y el cardo de la madre. Para llegar hasta la fragante flor á quien tanto amo, tuve días pasados que sufrir los horribles pinchazos de mi suegra en ciernes. Y así las cosas, me conceptúo el mortal más afortunado de la tierra.

—Entonces, ¿de qué te quejas?

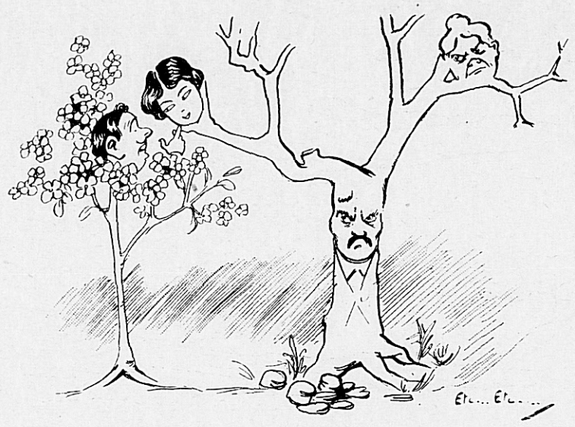
—¡Ay, amigo mío! Tú no sabes lo que son fatigas de flor.

Y el original soñador dejó escapar un suspiro, continuando de esta manera:

—Anoche conseguí por primera vez una entrevista con mi amada en el pintoresco jardín de su casa. Para conseguir esto tuve que *abonar* bien á la flor mística de la criada con cinco pesetas en una pieza. En un oculto cenador me esperaba la Rosita, agitándose en su flexible tallo á causa de un mal contenido deseo. Yo también me agitaba presa de un vago temor jamás sentido.

—¿Eres tú, lilita?—me dijo muy quedo.

—Yo soy, capullito de rosa,— le contesté en el mismo tono.



—¡Cuánto has tardado!...

—Pero ya me tienes aquí, dispuesto á que seamos felices algunas horas.

—¿Nada más?

Aquí la Rosita me dejó estrechar uno de sus tallos y se estremeció no sé si de placer ó de frío, que la noche no era de primavera.

—Vamos á ver,—le dije con decisión:—¿quieres trasplantarte de tu tiesto al mío, para que nuestra dicha dure siempre?

—¿Y tendrás valor para separarme del tronco de papá?

—Eso tú lo has de decir.

—Ya sabes que el alcornoque es más fuerte que tú, pobre lilita...

—Ya lo sé; pero con decisión todo se consigue: querer es poder.

—Y ¿qué haremos los dos en el mismo tiesto?—me preguntó cándidamente.

—Pues, mira: estaremos siempre abrazados como ahora; nuestras raíces vivirán enroscándose unas con otras, y al cabo de poco tiempo, nuestra maceta amorosa se verá salpicada de rositas y lilas que alegrarán nuestros espíritus amantes.

—¡Ay, qué bonito es todo eso! Pero, oye, yo juraría que no tengo raíz, ó por lo menos, no lo he notado.

—Por eso es necesario trasplantarte, pues con las mías habrá para los dos, capullito fragante.

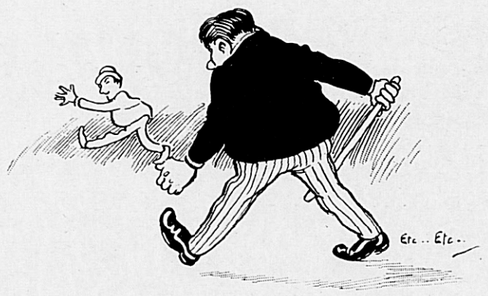
—Entonces me decido. Quiero estar contigo en el tiesto, quiero ver cómo se hace eso de la raíz, quiero tener á mi al rededor rositas y lilitas que poco á poco vayan creciendo á nuestro lado.

Y la confiada Rosa se dejó caer en mis brazos, dispuesta á que la trasplantara en aquel momento.

. . . . . .

—Pero, hombre,—le dije á mi amigo, aprovechando una ligera pausa.—¿Qué más quieres, de qué te quejas?

El soñador no contestó una palabra, pero quitándose el sombrero con solemnidad, me hizo palparle en la cabeza dos bultos como dos huevos de gallina.



—¿Y bien?—le pregunté.

—El tronco del padre cayó sobre mí cuando iba á verificar el rapto ó el trasplante.

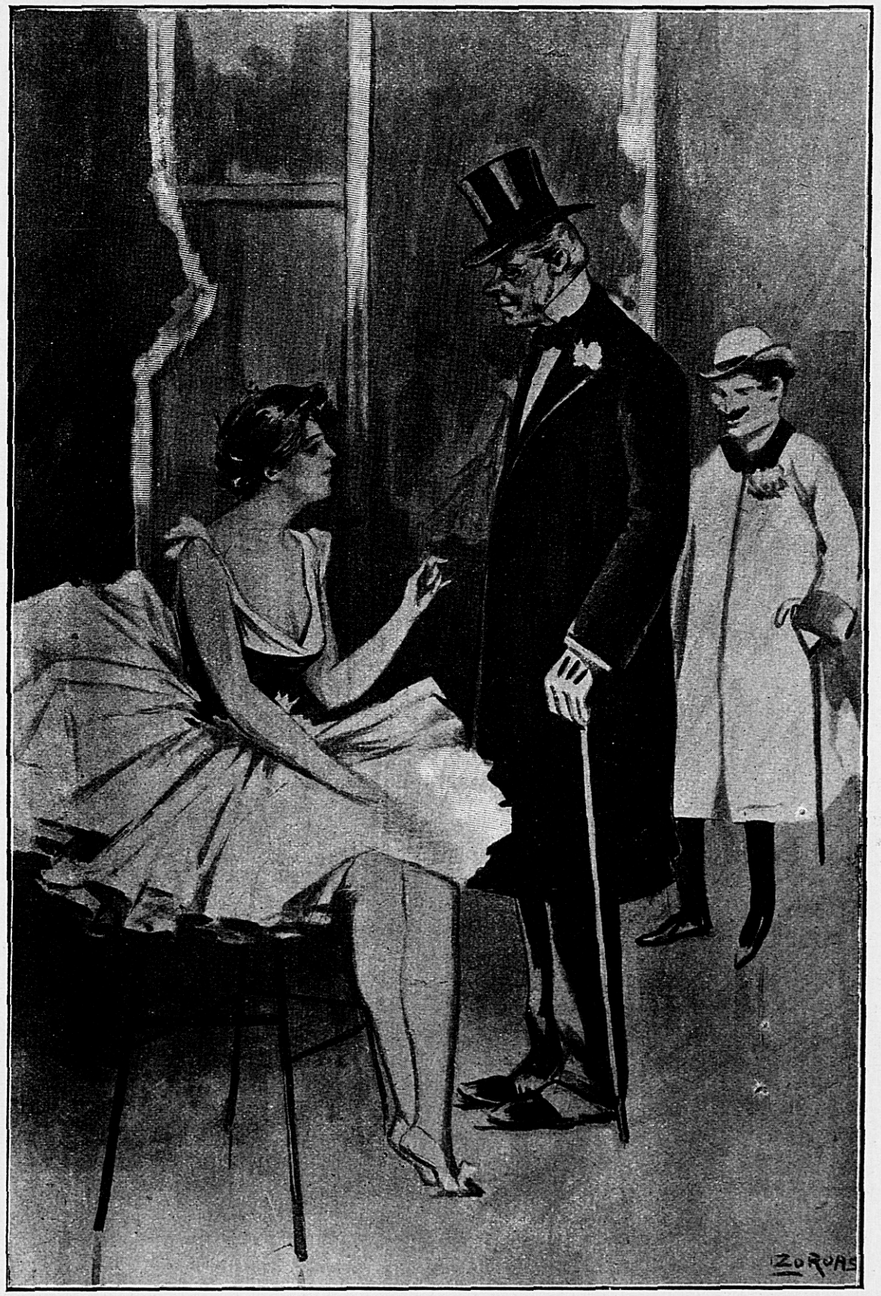
—¡Qué barbaridad!

—Dos días en cama y un susto terrible.

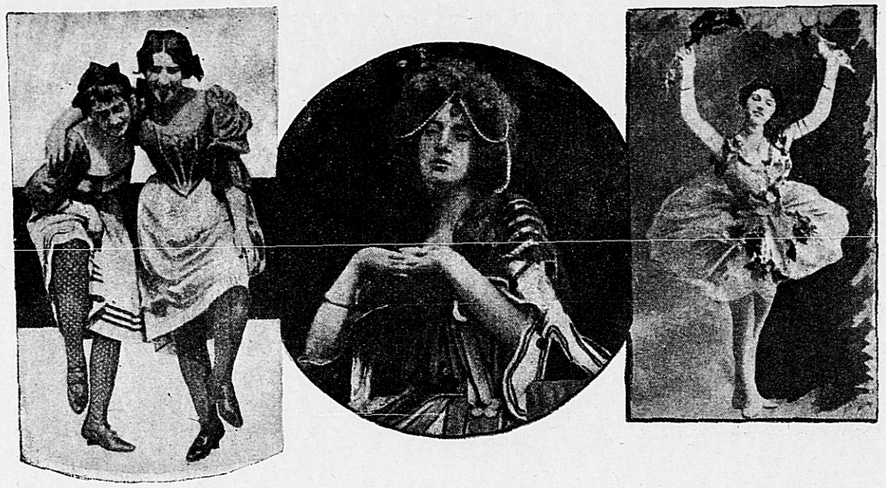
—¿Y ahora renegarás de las flores?

—No, ahora me dedico á las cordiales.

JOAQUÍN ARQUES



—¿Y dice usted, doctor, que me perjudica moverme tanto?
- A ti no. Pero á mi cliente el marqués, cada vez le tengo más postrado.



Las "Bienplantás"

Doña Ruperta Meterillas, invitó con objeto de celebrar una reunión en su domicilio á las mujeres más distinguidas y empingorotadas de Villazoquetes.

—He convocado á ustedes para tratar la manera más rápida y segura de que acabe la desmoralización que observamos hace algún tiempo entre los jóvenes de este pueblo.

—¡Como que es un escándalo! Yo he reñido con mi Lorenzo porque averigüé que andaba en trapicheos con la *Pelona,* esa sinvergüenza que trae locos á los muchachos, haciéndoles beber los vientos por ella,—dijo lloriqueando Crisanta Limoncillo, moza de dieciocho años, que, por lo visto, habíase quedado compuesta y sin novio.

—Pues me parece,—apoyó á su vez Gumersinda Torzuelo,—que pronto me ocurrirá desgracia igual á la tuya; no puedo hacer carrera de Claudio, mi prometido, porque me han asegurado que le ha cogido en sus redes la *Mofletuda,* que es otra pájara de cuenta.

—Esas dos y la *Bienplantá,* tienen revuelto el cotarro; mi pobre hija,—añadió doña Alfonsa Cataplines,—debió casarse ayer, como ustedes saben, y hubo de suspenderse la ceremonia, por desaparición del novio, que hace cuatro días no da señales de vida en ninguna parte.

—¿No han averiguado nada todavía?—preguntó doña Ruperta.

—No, señora; unos dicen que está en el pueblo escondido, no falta quién afirme que le vió salir una noche camino de la estación acompañado por una mujer, otros aseguran que come y duerme en casa de la *Bienplantá;* pero es el caso que Perico no aparece y que mi niña se ha quedado sin casar por ahora.

—Nada, nada,—exclamó doña Ruperta,—es necesario, indispensable, que hoy mismo adoptemos una resolución que ponga fin al escándalo; esto no puede, no debe continuar. Siempre tuvo fama Villazoquetes de ser un pueblo dechado de moralidad y es preciso que la recobre, aunque para ello debamos apelar á soluciones extremas.

—¡Eso, eso!—gritaron á coro las convocadas, aplaudiendo estrepitosamente.

Doña Ruperta impuso silencio y continuó:

—Por debilidades incomprensibles de todos, la corrupción de Villazoquetes ha llegado á un límite que amenaza invadir nuestros honradísimos hogares, si no procuramos atajar el mal, combatiéndolo en su raíz.

—¡A la raíz! ¡A la raíz!—clamó el coro de hembras púdicas, alarmadas por los funestos presagios de la presidenta.

—Sí, amigas mías,—prosiguió con exaltación doña Ruperta, animándose con los vítores y aplausos de sus compañeras en desgracia.—Nuestro grito de combate no será: *¡duro y á la cabeza!,* sino que clamaremos á pulmón batiente: *¡duro y... á la raíz!...*

—¡Bravo, bravo!...

—Que tornen á nosotros los felices tiempos en que se decía: para mujeres honradas y decentes, Villazoquetes; para mozos guapos y formales, Villazoquetes; para pueblo morigerado, sobrio y temeroso de Dios, Villazoquetes.

—¡Y para muchachas bonitas!—interrumpió Crisanta Limoncillo con entonación enérgica, no exenta de vanidad.



Y Juan muy tranquilo,
se pone á pescar.

—Por sabido se calla,—replicó Gumersinda Torzuelo, procurando substraer á las miradas del concurso, su rostro achatado y verdinegro, que nada tenía de bello ni agradable.

Calmado el alboroto que produjeran las interrupciones apuntadas, reanudó doña Ruperta en esta forma el hilo de su discurso:

—Veo, señoras, que en lo esencial estamos perfectamente de acuerdo; todas convenimos en que las culpables del mal que nos aqueja, son esas tres pelanduscas forasteras, á las que debemos perseguir como si fueran alimañas peligrosas. Ahora bien: ¿qué procedimiento debemos emplear contra ellas? Sobre eso, queda abierta la discusión.

Hubo un momento de pausa, transcurrido el cual, Crisanta pidió la palabra para decir:

—Lo más práctico sería reunirnos el domingo en la plaza todas las mozas casaderas del pueblo, coger á esas tres *golfas* de los pelos, darles una paliza soberana y arrastrarlas por...

—¡Ni más ni menos!—interrumpió iracunda Gumersinda.

Levantóse en la sala fuerte murmullo que hacía imposible toda discusión; unas aprobaban, otras combatían lo propuesto por la de Limoncillo, y doña Ruperta procuraba inútilmente poner orden, recomendando calma y serenidad en los dos bandos.

—Lo mejor es tomar la justicia por nuestras manos,—gritaba Crisanta, apoyada por Gumersinda.

—Eso es muy fuerte,—replicaba doña Alfonsa.—Las autoridades del pueblo no lo consentirían.

—¿Y por qué consienten que esas intrusas nos roben el cariño de nuestros novios?

—Prudencia y mala intención,—aconsejaba doña Ruperta, queriendo poner paz entre las más belicosas.

Por fin, restablecido el silencio al cabo de quince minutos y no pocos afanes, dijo la presidenta:

—No hay que tomar las cosas por donde queman y yo entiendo que basta nombrar una comisión que se presente al señor alcalde con objeto de lograr el destierro perpetuo de la *Pelona,* la *Mofletuda* y la *Bienplantá*.

—¿Y quiénes van á ser las comisionadas?—preguntó Gumersinda.

—Las de más edad,—contestó Crisanta.—Una, doña Alfonsa...

—Las hay mayores que yo,—replicó malhumorada la aludida.

—Otra, doña Ruperta...

—Tengo dos años menos que la de Cataplines,—opuso la presidenta sonriendo.

—Ninguna quiere ser vieja...—murmuró Crisanta.

—¡Silencio!—clamó doña Ruperta.

—He dicho,—insistió la de Limoncillo,—que se designen las de más edad, y ustedes, aunque no quieran, tienen más años que nosotras. Pueden formar la comisión doña Ruperta, doña Alfonsa y Gumersinda.

Así se acordó tras de breve discusión, y acto seguido las nombradas se avistaron con el alcalde, exponiéndole sus pretensiones.

El alcalde, hombre íntegro, sagaz y amante de la justicia, oyó la demanda con interés y contestó en tales términos:

—Desde luego aplaudo la iniciativa de ustedes en este asunto y agradezco la confianza que depositan en mí para dar solución al conflicto; pero digo en verdad, que no sé cómo valerme para complacer á ustedes, sin cometer un atropello y salvando el honor de las mozas de Villazoquetes. Piden ustedes que lance del pueblo á esas mujeres y eso no es tan fácil como ustedes suponen.

Las comisionadas, considerando ya el pleito perdido, mirábanse unas á otras estupefactas, cariacontecidas y silenciosas, mientras el alcalde, después de una ligera pausa, durante la cual permaneció pensativo y taciturno, continuó:

—El mal es grave y conviene atajarlo para tranquilidad del vecindario, sin escrúpulos ni vacilaciones; accedo pues á lo que ustedes piden y hoy mismo lo pondré en ejecución, á reserva de dar cuenta de mi acuerdo á las autoridades superiores, que aprobarán lo hecho en gracia de la buena intención que me guía.

—¡Viva el alcalde!—gritó doña Ruperta.

mas ve que en el agua
la cosa va mal,

pues ni sirve anzuelo,
ni caña, ni *ná*.



y otra pescadora,
con arte especial,

se lleva una trucha
más que regular.

—Gracias, señor; usted es nuestro padre,—dijo doña Alfonsa, derramando lágrimas de ternura y agradecimiento.

—Siempre que ocurran casos iguales á éste, procederé del mismo modo; no he de consentir jamás que habiten mujeres semejantes en Villazoquetes.

El alcalde cumplió á rajatabla su promesa y aquel día fueron lanzadas del pueblo las consabidas mozuelas.

A los pocos meses, hubo de adoptar igual providencia contra todas las vecinas de Villazoquetes, menores de cincuenta años.

¡Porque resultó que en cada casa había una *Bienplantá!*...

LUIS FALCATO

La de enfrente de mi casa

¡Qué bonita es Nicolasa,
la de enfrente de mi casa!...
Tiene un talle,
que si sale por la calle
de paseo,
yo me creo
que es su talle sin igual,
y la adoro,
porque vale más que el oro,
Nicolasa,
la de enfrente de mi casa,
con su rostro angelical.
La otra noche,
salió en coche
como siempre, tan hermosa...
yo pensé que era una diosa
que viajaba, sí, señor;
y, ¡oh, terrible sobresalto!
aunque pretendió de un salto
apearse,
por taparse
con la falda sus piecitos,
diminutos y bonitos,
se cayó.
¡Pobrecita Nicolasa,
la de enfrente de mi casa!
¡Ay! Qué susto
y qué disgusto
para ella,
que es tan bella,
cuando el viento huracanado,
su vestido delicado,
al caer, le levantó.
Yo creí que se afrentara
y volví serio la cara,
presumiendo,
que al mirarme sonriendo,
me tratara de guasón,
y me fuí luego de prisa,
reprimiendo mi sonrisa,
pues la chica, avergonzada,
dirigióme una mirada
toda llena de rubor.
¡Pobrecita Nicolasa!...
¡Yo no sé lo que me pasa,
pero desde aquella noche
en que se cayó del coche,
sueño en sus miradas tiernas,
en sus piernas
y en sus medias de color!

JARA

Géneros de novedad

Atanasio y Melchora eran dos muchachos que habían simpatizado hasta el punto de andar uno tras del otro. El era hijo del posadero de un pueblo de Aragón, y ella sobrina segunda del padre del joven, y servía de auxiliar de la criada de la casa.

Tanasio, como le llamaban en el lugar, tenía diecisiete años; Melchora quince. Todo su afán era ir por el campo y meterse en los trigos cuando estaban altos; para disculpar esta afición, Tanasio decía que iba á coger grillos con pajuela y que le gustaba mucho revolver el agujero donde se meten. Algo grave debió de sospechar el posadero, cuando prohibió á los jóvenes que subiesen juntos al pajar ni volvieran en busca de grillos; pero si es difícil poner puertas al campo, también lo es evitar que dos amantes se entiendan.

Durante algunos días, la vigilancia del posadero evitó que su hijo y Melchora pudiesen hacer otra escapada en busca de los consabidos grillos. Esconderse en el pajar, por aquel entonces no era posible, pues servía de dormitorio á algunos arrieros.

Tanasio estaba desesperado, y Melchora también, pues los jóvenes no tenían nada de linfáticos, y quince días sin verse les había agotado la paciencia.

Eran las ferias del lugar vecino, y la posada se hallaba llena de gente. Esto hizo que el posadero descuidase algo la vigilancia de los jóvenes, pero no hasta el punto de poderles permitir una entrevista solitaria.

En un momento que se hallaron solos, Tanasio dijo á Melchora:

—Ya no puedo más. Esta noche, por fuerza, necesito hablar contigo.

—Yo bien quisiera, pero no sé cómo hacerlo. La posada está tan llena de gente, que no queda ningún rincón vacío.

—Es verdad, pero no importa. Yo, aguzando el majín, he descubierto un escondite, en el que no darán con nosotros.

—¿En dónde?—preguntó Melchora, ardiendo en curiosidad.

—Ten calma. Esta mañana llegó el tío Fermín el pañero, y tiene su carro en un rincón de la corraliza. Tú ya sabes, el carro está casi lleno de piezas de paño, y allí se puede estar un rato con comodidad. Tiene buen toldo y está cerrado con lona para defenderse de la lluvia. Dentro de él es imposible que nos vean.

—Es verdad, no había pensado en ello,—repuso Melchora con júbilo.

—Pues á las once, cuando todo el mundo duerma, nos metemos allí, y... santas pascuas. Ahora vámonos, no sea que nos vea mi padre y se eche todo á perder.

Puntuales á la hora de la cita, los dos jóvenes se acercaron al carro. Tanasio levantó el toldo, ayudando á subir á Melchora.

—Chica,—le decía, cogiéndola por más abajo de las caderas,—me parece que en estos días has engordado.

—¡Ay! es verdad; no lo quisiera estar tanto.

Ya dentro del carro, se acomodaron sobre las piezas de paño. Y como los amantes tienen que decirse tantas cosas, pasaron las horas sin sentir.

Iban á retirarse, cuando oyeron la voz del posadero que gritaba con enfado:

—¡Tanasio!... ¡Melchora!... Grandísimos pillos, ¿dónde os habéis metido? Como os coja, os rompo las costillas.

Como sabían que era muy capaz de hacerlo, los dos jóvenes, llenos de espanto se estrecharon uno contra otro.



Ya llegan las tristes horas de la siesta.

¡Cómo pesa el cuerpo!... ¡Jesús, qué pereza!

—Yo no salgo,—decía Tanasio.

—Ni yo,—contestaba ella, arrimándose cada vez más.—Pero ¿qué vamos á hacer?

—Esperar á que se vaya.

—Ya empieza á clarear; se levantará la gente y nos descubrirán.

—Todo es preferible á que nos coja mi padre.

Como el posadero seguía gritando, el tío Fermín, que acababa de levantarse, le preguntó:

—¿Por qué grita usted y lleva esa vara en la mano?

—Para romperla en los huesos á esa mala pécora de Melchora, que ha sorbido el caletre á mi hijo.

—¡Bah! no haga usted caso, son cosas de jóvenes y todos hemos sido chicos, en fin, voy á enganchar el carro y á poner mi puesto en la plaza que ya va siendo hora.

—¡Ay, Dios mío! Qué va á ser de nosotros.

—No lo sé; pero todo es bueno, antes que tropezar con mi padre.

En un periquete las mulas estuvieron enganchadas al carro y á poco salió de la posada. Como en los pueblos se madruga mucho, la mayoría de las gentes andaba por las calles; el tío Fermín las atravesaba gritando:



Pani y Cledis.—Pareja de Cake-Walk

—¡Muchachos al pañero! Traigo de todo, de lo mejor que se conoce. Sorpresas que os dejarán bizcos, géneros que quitan el sentido. No hay como yo para dar sorpresas á la parroquia.

—Santa Rita de Casia, decía Melchora, un cirio de media libra si salgo bien de esta.

—San Benito de Palermo, que no me atrape mi padre.

Cuando el carro hizo alto en la plaza, un centenar de curiosos de todos sexos y edades que le habían seguido le rodeó.

—¿Tío Fermín tiene usted buen paño colora para refajos?

—Yo quiero un mantón.

—Yo una bufanda.

—Y yo,—pensaba Tanasio,—escapar de aquí sin que me vean, como lo hacen las brujas, aunque sea montado en una escoba.

—De todo tengo, decía el pañero; ahora lo vais á ver.

Al oir que alzaban la lona, el terror hizo á Melchora lanzar un grito.

—Calla, ahí dentro hay gente; ¿á quién trae usted, tío Fermín?—preguntó una vieja.

—Yo, á nadie; pero alguien debe haberse metido, ahora lo veremos; y acordándose de los gritos del posadero, sonrió maliciosamente á la vez que acababa de destapar la trasera del carro.

Al verse descubierto, Tanasio saltó del carro.

—El hijo del posadero,—gritaron algunos.

—Y no está solo,—añadió la vieja; veo á Melchora... ¡Jesús y cómo están los tiempos!

—Para usted muy malos porque nadie le hace caso y veo que los ojos se le encandilan de envidia.

—Qué escándalo,—decían algunas jóvenes fingiendo ruborizarse.—Hay que dar parte al alcalde.

—Bueno, dárselo todo, decía el pañero; pero en estas cosas lo mejor es que cada uno se las arregle como pueda.

En aquel instante se presentó el posadero, á quien habían notificado el hallazgo; iba á cumplir sus amenazas; pero el tío Fermín le detuvo, diciéndole:

—Déjeles usted, que estas cosas nadie las arregla mejor que el cura. Yo me comprometo á ser padrino de la boda.

NEQUAQUCOM



Me paso toda la vida
estudiando tu querer,
y, por fin, sé que es un verbo
de dos sílabas con *e*.

=

Si nos quitasen la venda
que llevamos en los ojos,
¡cuánto valdrían los hombres,
y las mujeres, qué poco!...

=

Mis penas yo me las busco,
nadie me obliga á querer,
¡y yo quiero á todo el mundo!

=

Una mirada, un suspiro
y una palabra de amor,
han formado compañía,
y quien gana es la ilusión.

=

Lo que pierdo en alegría
voy ganando en experiencia.
Hago sumas y más sumas,
y no me sale la cuenta.

=

Alegría que recoja
ha de ser para mi madre.
¡Si ella me ha dado las suyas,
justo es que empiece á pagarle!

=

Voy á poner clavelitos
para que anuncien tu paso.
Que la reina de la flores
no merece otros heraldos.

=

Me burlaba de la suerte
cuando quiso acompañarme.
Desde que me dejó solo
la busco por todas partes.

=

Si á una mujer aconsejas,
de fijo te llama tonto,
si aplaudes su parecer
sales ganando y no poco.

=

Con cristalitos de aumento
estoy viendo tu querer,
¡que el querer es poca cosa
si lo miras tal cual es!

=

¡Qué pena me dan los ricos!...
Yo ví comprar con dinero,
una mujer muy hermosa
y un corazón muy pequeño.

=

Faltan hombres en el mundo
para admirar á mi niña,
cuando coge los *palitos*
y sale por seguidillas.

=

En el cielo de tu cara,
morenita de ojos negros,
voy á ver si se deshace
una tempestad de besos.

=

No he visto azul más hermoso
que el del cielo de Granada,
el del manto de la Virgen,
y el de tus ojos, gitana...

=

El que no ha visto la Alham-
[bra,
la Caleta, ni el Perchel,
ni aquella Torre del Oro...
¿en el mundo, qué va á hacer?

=

Mira si el cariño ciega,
que he bajado á tu nivel
sin que tú me lo agradezcas.

=

Con cadenita de flores
quiero tenerte á mi lado;
como te conozco mucho,
tú las irás deshojando.

=

Estabas tras de la reja
cuando el sol iba á salir,
y al verte, se preguntaba:
—Pues, señor; ¿qué haré yo allí?

J. Enrique Dotres

Trivialidad

Yo tenía una vecina...

Era una muchacha de aspecto vulgarísimo, morena, muy morena, casi negra; con ojos parduzcos, poco expresivos, lánguidos; de ceño adusto y desgarbado andar. Su pecho no era abultado, ni aun siquiera grácil... Lo único notable en ella era el pelo: abundantísimo cabello oscuro cubría su inartística cabeza, adornando su tostado rostro con bucles espesos.

Por lo que queda dicho, comprenderán mis lectores que la muchacha no era encantadora ni mucho menos.

Yo la trataba poco,—no tenía interés en tratarla íntimamente;—pero entablaba con ella ulgunas conversaciones. Me dijo que contaba veinticinco años, que permanecía soltera *por una casualidad*, y, en fin, me relató algo de su vida, ó, al menos, de lo que ella refería como de la vida suya.

También comprenderán mis lectores, por lo tanto, que era más charlatana de lo que conviene á una mujer joven.

Al poco tiempo me pareció observar,—¡qué presumidos somos!—que ella gustaba mucho de conversar conmigo, y adiviné que buscaba mi afecto. Esto no me produjo impresión alguna, porque la muchacha carecía de esos atractivos ostensibles que trastornan á los hombres. Aunque tratase de dar á su rostro una expresión acariciante, no llegó á inspirarme nunca ni la más débil emoción amorosa.

Sin embargo, yo tenía que mostrarme agradecido á las atenciones de que era objeto por parte de ella.

Y fuimos amigos.

. . . . . .

Una vez nos encontramos mi vecina y yo en la escalera de la casa. Subía yo, y ella descendía.

Era anochecido; esa hora monótona y triste, creadora de ideas melancólicas y lánguidas.

En la escalera había oscuridad absoluta. No obstante, reconocí, ó, mejor, adiviné á mi amiga por su figura, cuyos contornos pude percibir.

Yo esperaba en el descansillo, y antes de que mi vecinita llegara junto á mí, la saludé. Entonces ella, por toda respuesta, me dió un afectuoso empujón, como en son de broma, quedándose en mis brazos...

Y así permaneció durante un rato, descansando en mi pecho su cabeza ardiente y abrazándome frenética...

Yo apenas me daba cuenta de lo que hacía. Sí recuerdo que, en medio de la oscuridad que reinaba, presentóse á mi imaginación una imagen gentil y bella, como de diosa radiante... También recuerdo que, al percibir un hálito tibio y suspiroso de mujer, mis sentidos se excitaron con vehemencias eróticas...

***

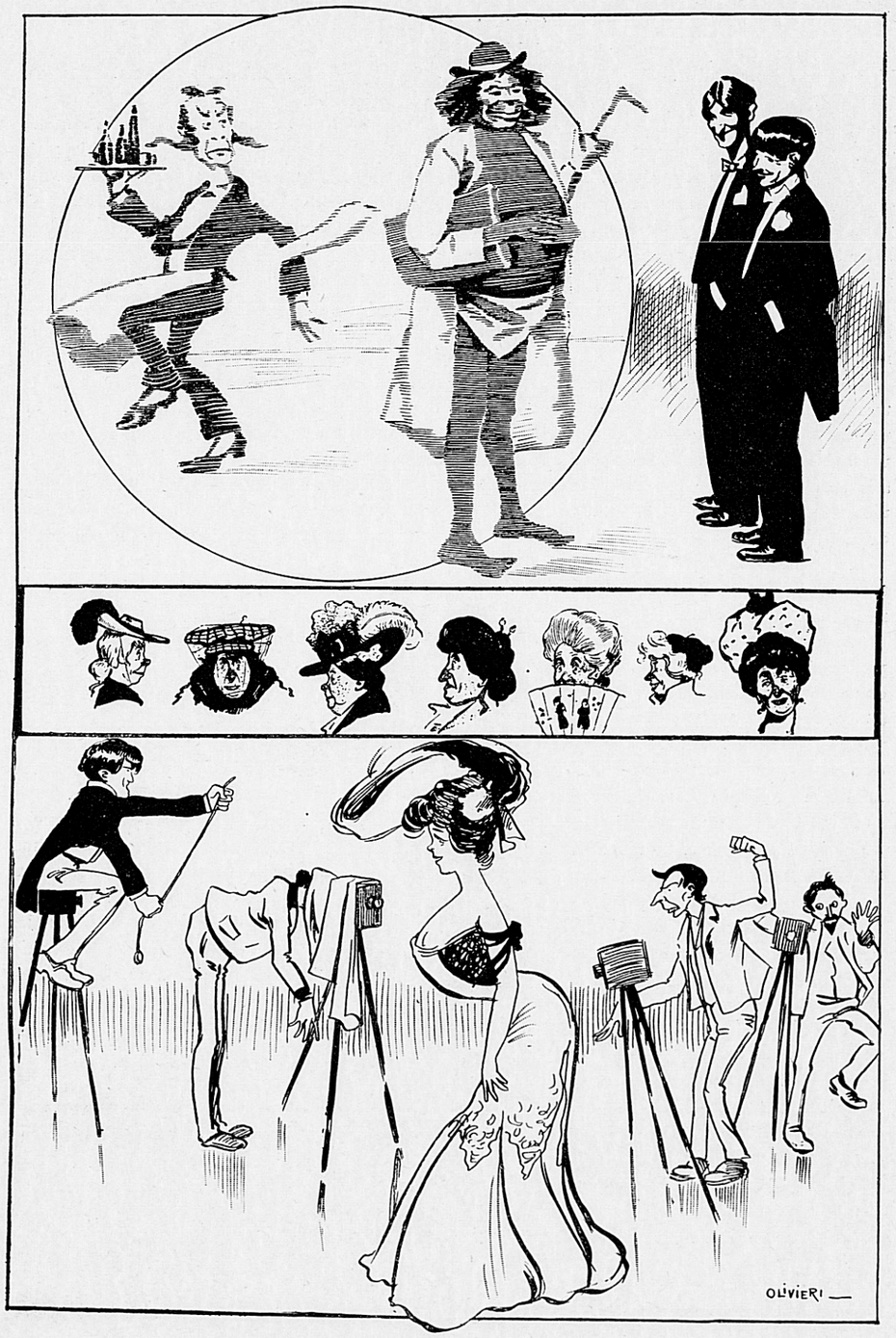
Al día siguiente, yo me asustaba de lo que había hecho, y sentí vergüenza y... casi casi repugnancia.

Vergüenza, porque aquella muchacha de vulgar aspecto me inspirase, un momento siquiera, deseos tan fuertes... y porque tuve que oir, sin rechistar, las mil perrerías que se le ocurrió decir á mi discretísima portera...

José PAREJA



APUNTES CÓMICOS, *por Olivieri*



Un servidor de café; un servidor de obras modernistas; dos servidores de comedor; siete servidoras de ustedes, y la mar de servidores... de estorbo

DESDE MADRID

SILUETAS

. . . Clara

De mediana estatura, delgada, pero de bellas formas, marcadas por curvas deliciosas y contornos estatuarios; pelo y cejas castaños; ojos pardos, de mirar fogoso; boca chiquita; dientes menudos é iguales; desenvuelta en el andar y en el proceder, y voz un tanto dura, pero no desagradable; en suma, bonita por su persona, atrayente por su trato; esta es ...*Clara,* llamémosla así, ya que este nombre para nuestro personaje resulta casi simbólico.

Pertenece á la alta sociedad madrileña, á esa sociedad combatida por unos,—los más,—y ensalzada por otros,—los menos.

Seguramente que la conoceréis de vista, ó, por lo menos, de oídas, pues va á todas partes, *porque puede,* como ella dice.

La veréis *indistintamente* en las fiestas palatinas, en nuestras públicas y clásicas verbenas, en los paseos, en los teatros sin excepción de géneros, etc., etc., pues á los sitios á donde *Su Majestad la Moda* no la obligue á concurrir, la guiará el capricho.

Es amiga íntima de las más ilustres escritoras españolas, y en su compañía va á todas partes: á ensayos generales, á veladas literarias, á estrenos y á *reprises.*

Se cuentan de ella mil historias, todas á cuál más *libres* y á cuál más peregrinas; se la tiene, en fin, por un modelo de *aristócratas libres.*

Sin embargo, hay quién asegura,—no sé si con razón ó por capricho,—instituyéndose en caballero andante *desfacedor de entuertos* y defensor de doncellas (conducta en verdad muy plausible), que todas las versiones que referentes á ...*Clara* circulan como ciertísimas, son completamente falsas. Y cuando se los combate y se les presentan argumentos en contra, se defienden diciendo:

—...*Clara* es buena; ...*Clara* es virgen, si no de alma, de cuerpo; lo que hay es que ella, además de haber recibido desde su infancia malos ejemplos por parte de sus mayores, tiene temperamento de artista, obsesión por el estudio, y á esta obsesión obedece su anhelo por conocerlo todo, lo malo y lo bueno, pero en teoría y no en la práctica, como dicen las malas lenguas. Con ...*Clara* se puede hablar y discutir acerca de los asuntos más naturalistas, sin miedo de que se asuste con necios repulgos; pero es porque, al discutir, su personalidad de mujer, la vil materia, se eclipsa para dejar su puesto á la artista, al espíritu, ó, más bien, al cerebro.

. . . . . .

Los maledicentes no se convencen, y cada una de sus palabras es un alfilerazo que desgarra la reputación de la simpatiquísima ...*Clara;* que no en balde aplicó



Nuevo juego de damas, para caballeros solos



Traje de camarera para el próximo verano

el gran Echegaray á estas lenguas viperinas, que sólo gozan cuando se mueven á impulsos de la maledicencia, aquellos versos de *El Gran Galeoto:*

«En cuatro tijeretazos
dejaron aquellos chicos
las honras hechas añicos,
las damas hechas pedazos.»

Hace unos días oí referir una anécdota original, atribuída á ...*Clara* y que *acredita su deseo de conocerlo todo, lo bueno y lo malo.*

Acompañada de su *Miss*, se presentó una noche en el teatro Romea, donde actúa una *troupe* de género ínfimo, en el momento en que *una estrella del arte* (no sé si la Fornarina ó Pepita Sevilla) hacía las delicias del público, retorciéndose á impulsos de un lujurioso tango.

Entre los espectadores estaba un amigo de ...*Clara* y de su aristocrática familia, que, extrañado de verla en aquel sitio, le dijo:

—¿Cómo tú por aquí?

A lo que contestó, según dicen, la interrogada:

—Pues ya ves; he venido á ver *esto*, para ver si puede mamá venir sin peligro.

(¡¡...!!)

Para terminar esta silueta, copio á continuación cuatro versos, hermanos de los anteriores, que encierran mi opinión en el asunto que á estas cuartillas atañe:

«Y sin embargo, ¿qué fué
ni qué era aquello en verdad?
Ecos de la sociedad
en la mesa de un café.»

GUSTAVO DE MAGUNCIA

Confidencia

Tuve ayer una breve confidencia
con una flor: mi mano
un pétalo tras otro con paciencia
quitó al cáliz temprano.
Fué por ti la consulta, dudas mías
la rosa resolvió;
pues yo le pregunté si me querías
y me dijo que no.
Mas cuando el postrer pétalo me daba
tan triste desconsuelo,
tal vez es que su cáliz ya miraba
deshecho por el suelo.
. . . . . .
También has dicho tú que no me quieres
después de tanto amor,
pero lo dices tarde... vamos, que eres
lo mismo que la flor.

P. JARA CARRILLO

(De su libro *Gérmenes*)



Galería de bellezas: (6.ª de la serie)

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que ya hemos terminado la reimpresión del magnífico

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Los señores corresponsales á quienes no hemos podido complacer sirviéndoles la segunda remesa, pueden desde luego indicar el número de ejemplares que le hemos de remitir.

A pesar de los gastos que nos ha obligado á hacer la reimpresión del

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

no hemos querido omitir detalle alguno para que esta SEGUNDA EDICIÓN resulte á la altura de la primera.

Precio una peseta

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

—— DE ——

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

LA SAETA

—— SEMANARIO ILUSTRADO ——

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre . . . . **6 pesetas**
Año . . . . . **11 »**
Extranjero y ultramar, un año . . . **17 »**
Número corriente **20** céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.
Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.
Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres
La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.
Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.
El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.
Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos po las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 íd.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 íd.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 íd.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 íd).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 íd.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. Román Gil, Provenza, 266, bajos.--BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.